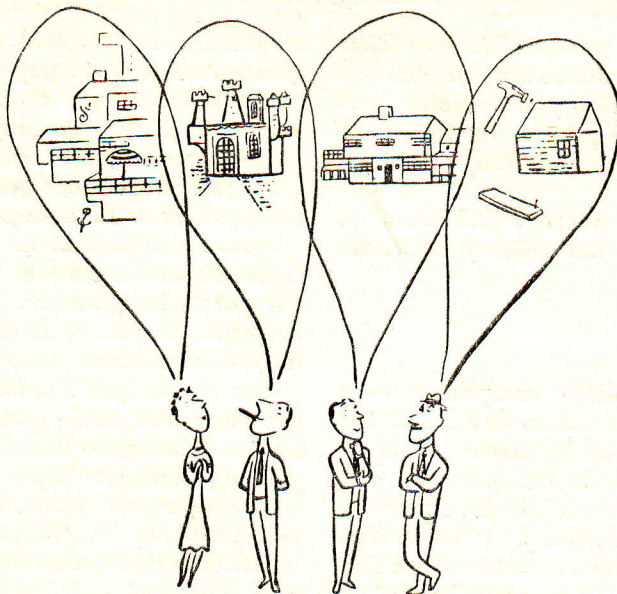




Esposa Propietario Arquitecto Constructor

El Sr. Blandings se hace una casa (*)

Esta es la triste, muy triste historia, de un hombre inocente acorralado por las desconcertantes complicaciones de hacerse una casa. Aunque sátira ligera y en tono menor, es por demás típica de las contradicciones que tiene la industria de la construcción, vista a través de los anteojos de un consumidor desilusionado.

FRENTE a la vieja y amable casa, y abarcando casi todo el frente, se erguía el árbol de lilas más grande que el señor y la señora Blandings hubieran visto en su vida. Cuando la casa era nueva, el seto debió de haber sido un arbusto plantado en el patio de acceso. Y de eso se habían cumplido ciento setenta años en abril último.

Empleando un cortaplumas como llave, el vendedor del terreno abrió una puerta de la planta baja. Al empujarla, la bisagra superior cedió y se desintegró en polvillo rojo en el piso. La puerta se reclinó contra la frente del Sr. Blandings algo bruscamente, pero el daño se reparó en un instante, y el afectado, con un pañuelo sobre la sien izquierda y con su esposa a la derecha, se quedó mirando a través de uno de los ventanales hacia un arco de belleza panorámica que les arrancó una exclamación.

“En los días claros se ven los Catskills”, dijo el vendedor.

Blandings y su esposa no eran tan tontos como para exclamar ante la revelación. Ella sacudió un

guante para desprenderlo de una tela de araña y de su autora; él, con los labios contraídos y los ojos a medio cerrar, era todo un cuadro de reserva dominada. Por la forma en que los dos dijeron: “¿Ajá?”, con una inflexión ascendente en perfecto unísono, el vendedor se dió cuenta de que la venta estaba hecha. Claro que hoy no; la oferta quizá tardaría unas dos semanas en presentarse. Pero vendría; vendría con la certeza con que viene el equinoccio. Rápidamente calculó el 5 por 100 de \$ 11.275, y se volvió hacia la chimenea.

“Esto tendrían que arreglarlo un poco”, dijo, mostrando el desordenado grupo de piedras en el cual un hueco ennegrecido sugería la existencia de un hogar que había estado en condiciones de funcionar en la época del Tratado de Gante.

La visión de Blandings por fin se transformó en habla: “Poniéndole un piso de piedra, sería un lindo lugar para pequeñas fiestas los sábados por la noche. El barrilito de cerveza se podría poner en aquel rincón.”

“Ya lo creo que se podría”, dijo el vendedor,

(*) Tomado de un artículo de ERIC HODGINS con ilustraciones de William Steig, aparecido en *The Architectural Forum* y traducido en la *Revista de Arquitectura de la Sociedad Central de Arquitectos*, de Buenos Aires.

como si hubiera escuchado una brillante revisión de la teoría atómica. Rápidamente su cerebro calculó el 5 por 100 de \$ 11.550 y en voz alta agregó: "Vamos arriba para que puedan ver mejor, su monte de frutales. Hay una historia muy interesante sobre..."

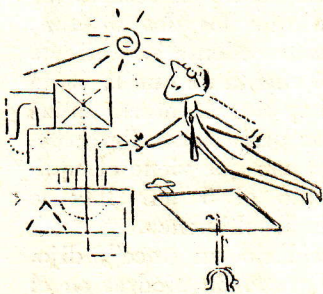
El efecto del pronombre posesivo fué como un licor ardiente en las venas del señor y la señora Blandings.

FUÉ así como los Blandings compraron —en 11.550 dólares— la vieja quinta de Halleck con su vieja casa y las exuberantes hectáreas que la rodeaban. Pero el matrimonio dejaría pasar un año, por lo menos, antes de "construir". El Sr. Blandings había dicho con toda firmeza que a él "no lo iban a agarrar" hasta que el costo de construcción fuera razonable. No conocía las fuerzas que hacen "razonables" los precios en la industria de la construcción de casas, pero ignoraba que las desconocía. El costo final de construcción cuando los precios fueron razonables excedió, a lo que hubiera resultado en la época en que no eran razonables, en una proporción que sólo un astrónomo podría calcular. De todos modos, con el tiempo el sobreprecio no tuvo importancia para Blandings, aturdido por cifras e incapaz de nuevas sensaciones dolorosas.

—Digamos que la tierra le cuesta 10.000 dólares en números redondos, había dicho el vendedor antes de que costara \$ 11.550. "Y digamos que le cuesta otros 10.000 restaurar la granja. Habrá hecho una inversión de \$ 20.000, que es capital seguro por el resto de su vida, amén de tener una casa en que vivir y gozar del indescriptible encanto del

lugar, como dice su amigo el Sr. Grover." Este pasaje lírico le sirvió a Blandings en lugar de lógica durante varios meses, hasta que una tarde su mujer levantó la vista de la costura.

—¿De veras te parece que vale la pena de reconstruir esa casa vieja? —preguntó con voz lejana—.



"A veces el Sr. Funkhauser se deja llevar por la imaginación".

Si hubiera anunciado redondamente la ilegitimidad de los dos pequeños Blandings no habría logrado una reacción más tempestuosa de su marido.

—Lo que quiero decir —agregó en un esfuerzo por apaciguarlo—, es que quizá tendría que ver la casa alguien más que el Sr. Funkhauser.

Funkhauser era un joven arquitecto que se le había metido entre ceja y ceja a Blandings. Guiándose por fotografías y algunas medidas tomadas

un día lluvioso en Bald Mountain, llevaba emborrnadas resmas de papel de croquis con los graciosos trazos de un lápiz 6-B, hasta convertir la vieja granja en algo muy distinto. Los Blandings habían encontrado encantador el resultado.

—¿Se puede saber qué tiene de malo Funkhauser?, preguntó Blandings.

—Nada, respondió la esposa; sólo que a veces se entusiasma tanto con las cosas, que se deja llevar por la imaginación. Me gustaría que otro tipo de profesional se fijara también en la granja antes de que avancemos más, un ingeniero, o algo así.

Con el tiempo, Blandings llegó a creer que la prudente idea había partido de él. Le pidió a su amigo, el abogado Bill Cole, que le aconsejara algún ingeniero, un "tipo práctico que no se dejara impresionar por nada". El resultado fué que, días más tarde, el Sr. Giobatta Appolonio, ingeniero, visitó el terreno con los esposos. De zapatos negros, traje oscuro y sombrero hongo, el ingeniero resultaba una figura extraña entre los cerros boscosos y al lado del Sr. Blandings y de su chaqueta agresivamente rural.

La Sra. Blandings esperaba que Appolonio iba a traer un maletín con instrumentos como un médico y a practicar quizá los ritos de la auscultación en la vieja vivienda. Pero el único instrumento que trajo era un triple decímetro, y lejos de percutir la casa con los nudillos, pareció no querer ni acercarse. Se limitó a mirarla durante cinco minutos desde treinta metros; luego se acercó y le propinó un leve puntapié en una esquina. Los esposos parapadearon al unísono viendo caer algo no identificado. El Sr. Appolonio se volvió hacia sus clientes y dijo con voz suave:

—Sería mejor que la echaran abajo.

—Esa bestia maloliente no tiene el menor sentido de la que es la tradición —dijo Blandings tomando de su vaso un sorbo atragantador—.

—No debes beber cuando estás alterado, repuso la Sra. Blandings. Estaban de vuelta en su departamento urbano. El viaje con el Sr. Appolonio en el tren había sido muy violento. Una vez en casa, Blandings había extendido un cheque por 50 dólares de honorarios del ingeniero, y lo había despachado junto con una nota seca y correcta. Pero ahora, Blandings se encontraba a solas con Dios y con su mujer y no había por qué ocultarles a ambos que había pagado una suma considerable, por encima del valor del terreno, por algo que ahora le aconsejaban destruir, costándole el consejo otros 50 dólares.

Quedaba, sin embargo, el desdichado Sr. Funkhauser, que seguía divagando feliz sobre sus croquis, soñando con torres y almenas, con espirales y balcones, a instalarse sobre una estructura carcomida, que apenas tenía fuerzas para soportar su actual maderamen, a punto de derrumbarse. A ése, Blandings lo despidió con una repentinidad maligna que dejó como residuo un expediente en los

archivos del Instituto de Arquitectos, titulado "Funkhauser contra Blandings - Indemnización". Luego de un frígido intercambio de argumentos, el Sr. Blandings le pagó al Sr. Funkhauser una cuenta de 635 dólares por "Planos preliminares de la Residencia Restaurada del Sr. Blandings", recibiendo en cambio un legajo de copias de planos. Fueron escaso consuelo. No lo fué mucho tampoco el informe del Sr. Joe Perlasky, Demoliciones. Blandings lo consultó a escondidas, en la esperanza de

sorprender a su cónyuge con la noticia feliz de que a lo mejor obtenían unos 2.000 dólares por los materiales recuperados de la vieja residencia que hubo de ser el hogar de sus hijos, y de los hijos de sus hijos. El se-



"Cobraría por demoler la casa ni un centavo más de 850 dólares"

ñor Perlasky hizo cifras durante quince minutos, y luego anunció que podía demoler la casa y dejar el terreno liso y llano sin cobrar a Mr. Blandings ni un centavo más de 850 dólares. "¡Cobrar!", dijo Blandings casi en un sollozo. "Ecco", respondió el Sr. Perlasky, explicando que su moderado precio se debía a que quizá podría utilizar algunas de las vigas en otro trabajo.

A esta altura de las cosas, el resuelto ánimo del Sr. Blandings no pudo más. Luego de una discusión familiar dolorosa, todo el Proyecto de Construcción Blandings quedó a la espera de tiempos mejores. En una tarde de cálculos, Blandings se enfrentó con el hecho de que entre el costo de la tierra, las inspecciones, los honorarios del Sr. Appolonio, los gastos legales (hasta ese momento), los ferropusiatos del Sr. Funkhauser, los cálculos de demolición y una decena de otros gastos, todos pequeños en sí, había gastado o entrado en compromisos por un total de \$ 13.881,34, sin que se hubiera oído en Bald Mountain ni el ronquido de un serrucho ni el golpe de un martillo.

—No te extrañe si los chicos son unos malandrines con el tiempo, con el lenguaje que oyen en su propia casa, comentó la Sra. Blandings.

SE podría arreglar la granja, dijo el Sr. Simms, el nuevo arquitecto. —Desde luego que sí, pero le va a costar tanto como construir una nueva, y no va a ser lo que usted quiere. Si me permite ser franco, mi consejo es comenzar de nuevo.

Nada les hubiera gustado más a los Blandings que comenzar de nuevo.

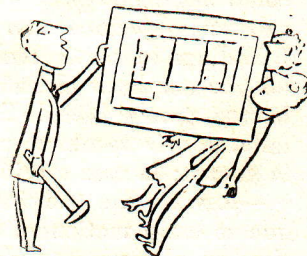
Los Blandings comenzaron a pasar sus fines de semana en un chalet que alquilaban no lejos de su cerro, y el Sr. Simms comenzó a visitarlos casi todos los sábados o domingos por la tarde. Se le

desarrolló el hábito realmente encantador de traer consigo su tablero de dibujo, regla T y escuadras, y en las amables tardes primaverales él y los Blandings solían conferenciar y hacer planes juntos. Todo iba sobre ruedas. El Sr. Blandings sólo tenía una queja. "Simms hace las cosas demasiado chicas. Tiene ideas muy ingeniosas, pero si hay algo que no tolero en el campo es sentirme apretado."

A tales críticas, Simms respondía que estaba cuidando la cubicación. Los esposos jamás habían oído eso de cubicación, que, según explicó Simms, era el espacio total encerrado por el techo y las paredes, y resultaba sencillo calcular que el tipo de casa que querían los Blandings iba a costar unos 45 ó 50 centavos el pie cúbico. La cifra le pareció absurdamente barata al matrimonio, sin percatarse de las trampas que encierra para el incauto una ecuación exponencial, aunque no vaya más allá de la tercera potencia. Los Blandings pensaron, y así se lo dijeron a Simms, que estaba ajustándole demasiado las tuercas a la cubicación, aunque la falta fuera muy loable. El arquitecto suspiró levemente y dijo: —Esto se parece cada vez más a una casa de 18.000 dólares. Los Blandings hicieron pequeños sonidos de maldiciones internas.

Y sin embargo, lo que quería el matrimonio era bastante sencillo: una casa de dos plantas en gusto moderno tranquilo. Querían un "living" de buen tamaño, comedor y cocina en la planta baja; cuatro dormitorios y sus correspondientes baños en la planta alta; un sótano espacioso, una buena bohardilla, muchos armarios empotrados y un par de porches amables. Y eso era todo.

Pronto descubrieron los Blandings que habían pasado por alto el problema servicio doméstico. Con quince hectáreas y media que cuidar tendrían que tener por lo menos un matrimonio, él para los trabajos de jardín y huerta, y ella para cocinar. Proporcionarles un pequeño "living", un dormitorio y un baño, sacando todo ese espacio de la cocina, requería mucho ingenio, pero el Sr. Simms lo tuvo después de haber agregado cuatro metros al largo, ya considerable de la casa. Los planes de la Sra. Blandings en materia



"Cada vez se parece más a una casa de \$ 18.000..."

de armarios, de los que no estaba dispuesta a ceder un centímetro, estipulaban dos por dormitorio, uno en cada pasillo, más uno para las escobas, tres en la cocina, uno para la ropa de trabajo, otro para la lencería, uno para guardar la leña, otro para las mesas plegadizas de juego. El sólo pidió un armario para los licores, con cerradura especial. En total, 24, y nada de poner uno menos.

El matrimonio fué viendo crecer la casa en el tablero de dibujo con una mezcla de tibieza inte-

rior y de orgullo. No tardó en hacerse necesario un estudio para él, y para ella un pequeño rincón, junto al dormitorio principal, algo que sirviera de lugar para desvestirse o para dejar pasar un enojo. Y además, sería espléndido tener un cuartito con pileta y estantes para floreros y macetas, en el que ella pudiera hacer sus arreglos de flores. Blandings tuvo la idea de que un bar empotrado en un costado del "living", y apenas más grande que un armario, le daría mucha más hospitalidad a la casa. ¿Y cómo iba a discutir con él Simms si también le gustaba verle el fondo a un vaso de cuando en cuando? Un buen día, Simms dijo: "Esto se parece cada vez más a una casa de 22.000 dólares"; luego por primera vez apareció en la conversación la palabra "residencia", claro que en broma; pero entre broma y broma los planos crecieron junto con la casa.

POR fin pareció que los planos estaban a punto de terminarse. Por haber perdido varias sesiones entre su esposa y el Sr. Simms, Blandings se había quedado atrás en la procesión de detalles y tenía la sensación desagradable de que la casa ya había escapado a su control. A veces sorprendía a su esposa y al arquitecto hablando en términos familiares de ventilaciones cruzadas, de las que no había oído hablar nunca. En todas formas y de todos los ángulos le llegaban referencias a gabinetes, estanterías, cloacas, fosas sépticas, pomelas, conductos, cerámicas, declives y espesores aparentes.

Había un cuarto de baño en el primer piso, justamente encima de la entrada principal de la casa, y aunque Blandings estaba dispuesto a aceptarlo, su esposa, en cambio, estaba dispuesta a batirse como una leona para que no estuviera allí. Explicaba sus objeciones con tal graficidad, que a veces Blandings se sentía molesto. El arquitecto terminó por emplazar el baño en la parte posterior de la casa, pero si bien la Sra. Blandings ganó una batalla, podría asentarse para la historia que perdió la guerra: la casa creció en largo un metro más.

—A veces me pregunto si sabrán ustedes en lo que se están metiendo, dijo el Sr. Simms una noche, en el momento de prepararse para partir; pero tanto él como los Blandings estaban con sendos vasos de whisky en la mano, ya no muy llenos, y la noche no se prestaba para advertencias.

Luego de entrar en una especie de reclusión monástica por espacio de tres semanas, el Sr. Simms volvió a aparecer con un conjunto de planos y especificaciones que casi tira de espaldas a los Blandings: las simples plantas y alzados que habían visto crecer en el tablero de dibujo estaban sepultadas ahora por cortes y secciones, planos de estructura, diagramas de instalación eléctrica y hojas de detalles; todo había adquirido tal densidad de dimensiones, que sólo lo podían descifrar los

entendidos. Había además un pliego de condiciones del grosor de una guía de teléfonos de Chicago.

Había llegado el momento de pedir presupuesto.

UN sábado por la mañana se presentó el señor Simms con un pequeño rictus en la boca, pero animado. "Tengo todos nuestros presupuestos y los he sintetizado en la primera página", anunció.

Blandings abrió la carpeta y saltó en el aire, como si al sillón se le hubieran soltado de golpe unos resortes poderosos. "¡Jesús, María y José!", exclamó dejando caer la carpeta. Su esposa, que no se había dejado dar anestesia al tener el segundo hijo por no perderse la experiencia, recogió las hojas dispersas por el suelo y leyó:

PRESUPUESTOS	OBRA: BLANDINGS	EN BALD MOUNTAIN
Antonio Doloroso, Constructores	32.117.00	dól.
Caries y Plumline	34.265.00	»
Julius Akimbo y Co.	37.500.00	»
Zack, Tophet y Payne	28.920.50	»
John Retch e hijos	30.852.00	»

"Hay varias cosas que observar aquí", dijo el Sr. Simms hablando con voz uniforme y ligeramente rápida. "En primer lugar, Julio Akimbo evidentemente no quiere hacer el trabajo, porque de lo contrario no hubiera cotizado una cifra redonda tan alta. En cuanto a la oferta de Zack, Tophet y Payne, yo no me la acercaría ni a diez metros. Tienen fama de cotizar bajo y luego recargar los adicionales. Quedan tres para elegir, y son todos buenos constructores. John Retch es tan bueno como cualquiera, y con su presupuesto, que es el menor, no creo que les vaya a ir mal. Aun así vamos a tener que reducir algunos costos."

Reducir, cercenar, podar, fué lo único que brilló en ese momento en la niebla cerebral de Blandings, y manos a la obra. Pero lo que descubrió entonces fué que se puede reducir algo el costo de una casa de 31.000 dólares, pero no existe en la tierra una forma de reducirla a una casa de 21.000, para no hablar de precios menores. Algunas cosas eran inevitables. Ya no era posible encoger la casa, ni aun mediante el recurso de volver a poner el baño fatal sobre la entrada. En el ínterin se habían alterado muchas cosas, y es tan imposible revertir el proceso de crecimiento de una casa como conseguir que a un adolescente le queden bien los tra-

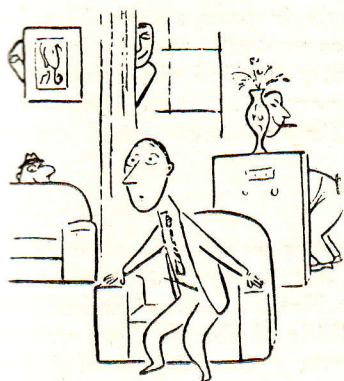


"Ya tenemos los presupuestos..."

jes del año pasado mediante el recurso de negarle comida.

Claro que algo podía hacerse. No podía abandonarse la casa. Aunque Simms jamás había hablado de dinero, y parecía totalmente contento con seguir ayudando a los Blandings a construir su casa *sine die*, Blandings sabía de sobra que los honorarios del arquitecto, según el Instituto Americano de Arquitectos, al que pertenecía el Sr. Simms, eran el 10 por 100 del costo de la casa, y si alguien se había ganado alguna vez en la tierra 3.100 dólares, era Simms. Con ese cargo pendiente, no había manera de echarse atrás: había que construir la casa.

La tarea era de esas que se hacen despacio y sin ganas. A Blandings lo deprimió mucho observar



“Por ningún lado podía encontrar al culpable porque todo el mundo lo era.”

que la eliminación de la terraza, en la que ya se había tomado, con la imaginación, algunos tragos deliciosos, apenas le ahorraban en el presupuesto del constructor 172 dólares con 50 centavos. “Si tuviera que agregar la terraza, no me costaría ni un centavo menos de 700 dólares”, reflexionó con furia concentrada. Era un comentario a solas,

porque ya no tenía a nadie con quien hablar. Le estaban estafando, dejándole como un idiota, pero por ningún lado podía encontrar al culpable, porque todo el mundo lo era.

Unas dos semanas más tarde le oyó a su mujer decirle a Simms: “Listo, hemos reducido las cifras de Retch a 26.991 dólares. Ya la cosa toma color.”

“¿Qué color?” —gruñó Blandings—.

“Me parece que hemos hecho todos los cortes posibles”, intervino Simms diplomáticamente. “Es más dinero del que pensaban gastar, pero tienen una linda casa. Retch es un constructor honesto y eso es lo que les va a costar, si es que no comienzan a entrar en gastos adicionales.”

El señor y la señora Blandings anunciaron en coro perfecto que no habría adicionales. Lejos, muy lejos, en los espacios siderales, los dioses de la Construcción de residencias sofocaron una pequeña carajada.

ra Blandings estaba encantada con la ruda honestidad y el buen humor del Sr. Retch. “Un diamante en bruto con un corazón de oro” —sentenció más tarde—. También la hacía feliz ver que su marido volvía a ser el mismo, como en realidad se sentía el propio Blandings. Los 10.000 dólares en acciones de su compañía a que tendrían que echar mano, ¿en qué mejor que en su casa los podía invertir? En caso de convertirlos, seguramente se irían a poco en cosas tontas y no en algo de tan sólida permanencia como un hogar para su mujer y sus hijos, para siempre.

“¿Por qué será que no trabaja la excavadora?” —dijo la Sra. Blandings, refiriéndose al hombre de aspecto patibulario, que era el subcontratista de excavación—. Había pasado más de una hora que no se escuchaban los resoplidos de la máquina en lo alto del cerro. “Vamos a ver cómo anda eso.”

Tomados de la mano, como niños felices, los Blandings subieron la colina, su colina, como decía ella. En la cima, la excavadora del Sr. Attilio Campobasso descansaba sobre sus orugas, reclinada hacia un costado. En la parte del Sur del terreno, marcado por estacas, había cavado un pozo de dos metros de profundidad en los bordes y de agradable uniformidad. Hacia la parte Norte, la excavación era desapareja, y mientras el mecánico de la máquina estaba sentado fumando, tres hombres manejaban la pala. El ruido de sus instrumentos era el que se produce cuando uno levanta una delgada capa de arena de un patio embaldosado con una pala. A medida que avanzaban en su trabajo, fué apareciendo el contorno de una especie de ballena gigantesca y petrificada.

—Ma ficate un poco Sr. Blandi —dijo el Sr. Campobasso con fingido disgusto.

—¿Tosca? —preguntó Blandings—.

—Qué tosca ni qué tosca; questa e una capa di piedra. Ahora vamo en casa, ritornamo la semana próxima y comenzamo a dinamitare, molto dinamitare, sí señor. Eso sí, con la sua casa asentada sobre roca puede estar tranquilo que no va a ceder, puede estar tranquilo.

De vuelta en su casa, Blandings revisó los cálculos de Retch sobre excavación. El trabajo iba a costar 500 dólares redondos, a menos que se produjera esta cláusula: “Si hay roca, remoción por dinamita, a 24 centavos por pie cúbico”. En el papel no parecía mucho, pero Blandings recordaba haberse dejado engañar una vez por la naturaleza de las ecuaciones cúbicas. Esta vez, tomó papel y lápiz para descubrir que una excavación de 60 pies de largo, por 28 de ancho y seis de profundidad, contiene 10.080 pies cúbicos.

Párrafos del diario de la Sra. Blandings:

Octubre 7.

El catarro de Jim sigue igual. Ha pasado tres días

UNA mañana fresca de otoño llegó la excavadora. Blandings, su mujer, Simms y el mismo Retch estaban presentes para presenciar la ceremonia de abrir la tierra por primera vez. La seño-

molesto en cama, tomando más bebidas calientes de lo que me parece bien. El capataz Campobasso vino a preguntar si teníamos seguro contra accidentes; parece que un pedazo de roca volada cayó sobre una de las gallinas del viejo Lange, a casi 1.000 metros de distancia, y el dueño ha armado un escándalo. Las explosiones con dinamita van a durar por lo menos dos semanas más.



"Seguro por accidentes..."

Octubre 22.

El Sr. Retch nos pidió dinero esta mañana y creo que está en lo justo. Consiguió que Campobasso redujera su cuenta de excavación a 1.900 dólares. Qué tipo desagradable. Jim ha tenido que recurrir a la mayor parte de sus acciones en la Consolidada para obtener 15.000 dólares con que ir tirando, hasta que llegue el préstamo del Banco. Parece ser que tenemos que obtener una "cesión de derechos" de cada uno de los subcontratistas de Retch antes de que el Banco dé un centavo, y debe haber como veinte subcontratistas. Tienen que prometerle al Banco por escrito que no nos van a hacer pleito si no les pagamos. ¡Qué tontería! ¿Qué tendrá que ver el Banco con eso?

Noviembre 4

Justamente este año tenía que helar en noviembre para impedir que colocaran el hormigón en los moldes de las paredes del sótano. Hace ocho días que no se trabaja en la casa, pero esta tarde vino un hombre a vendernos una cancha de tenis. En el terreno ya nos hemos encontrado con tres vendedores de árboles. No sabía que los árboles tuvieran vendedores.

Noviembre 9.

Hoy comenzaron los albañiles a volcar el hormigón para las paredes del sótano, pero cuando el Sr. Simms vió lo que estaban haciendo, los hizo detenerse y trató de hablar con el Sr. Retch por teléfono. No estaban poniendo casi nada de cemento en la mezcla de arena y piedra. ¡Valiente modo de hacer las cosas!

Si no hubiera pasado Simms por casualidad se hubieran seguido aprovechando. Por desgracia, Retch está en Maryland haciendo otro trabajo. Hoy llegó una carga de tejas de madera, pero no son del tipo pedido. De todos modos, al paso que vamos, no vamos a necesitarlas hasta la primavera, y quién sabe.

Noviembre 20.

La obra de madera progresa. Creo que no es la palabra apropiada, pero lo único que sé es que hay una cantidad de postes cuadrados que se levantan del hormigón, y en mi vida he visto ni oído tanto clavar y serrar madera. Hoy había como diez hombres trabajando.

Noviembre 25.

¡La casa ya me tiene enferma! La estructura, esa es la palabra exacta, ya está terminada en una de las alas, y me parece que tuviera kilómetros de altura. Yo creía que íbamos a tener una casita modesta y amable, achatadita contra la colina, como abrazándola, y está resultando una especie de rascacielos. No termina de ir para arriba. El señor Simms estuvo un poco cortante cuando le hablé por teléfono sobre eso, y terminó diciéndome que "tomara algo para los nervios". Pero yo juraría que hay algo equivocado. Jim está de muy mal humor.

Noviembre 28.

Debo admitir que estaba equivocada sobre la altura del maderamen. Ahora que está terminado, queda muy bien. El Sr. Retch era otro hombre hoy, después de haber recibido el cheque. Jura que va a tener la casa "cubierta y cerrada" antes de las primeras nevadas, y que todo va a andar como un reloj de ahora en adelante.

Noviembre 29.

Esta tarde los hombres clavaron un arbolito en la parte más alta del techo, luego lo tiraron abajo y se vinieron hasta nuestro chalet. Se quedaron parados delante nuestro, hasta que uno de ellos insinuó que, cuando se ha clavado la siempreviva en el techo, le correspondía al propietario pagar una vuelta de whisky a todos los obreros. Al principio la idea no le hizo gracia a Jim, pero fué notable cómo se avino a ella después de unos veinte minutos. Nos acostamos muy tarde.

EL invierno se cerraba lentamente sobre Bald Mountain. La casa, en su estado actual, le parecía a Blandings un elefante desollado: la mampostería terminaba a diferentes alturas en diversas paredes; encima de ella, el tablonado del techo se elevaba en fajas de pino amarillo cubierto de resina y salpicado de nudos hasta el comienzo del alero. El techo era una superficie ondulada de papel embreado y sujeto por pequeños discos metálicos. La casa tenía la desnudez del músculo despojado de piel y grasa.

A Blandings no le gustaba nada el aspecto del maderamen debajo del alero; tuvo la impresión

de que podía hacer una de dos cosas: o hablar de eso y quedar como un ignorante o quedarse callado y dejarse estafar. Eligió esto último, no como lo menos doloroso, sino simplemente como lo menos molesto. Le deprimía la alarmante irregularidad e inclinación de los agujeros donde habrían de ir las ventanas algún día. Pero lo peor de todo, aquello de lo que ni él ni ella se atrevían a hablar por miedo a un duelo de recriminaciones, era el tamaño microscópico de las habitaciones, es decir, de los espacios encerrados por los tabiques, que sólo estaban indicados. Había alrededor de cinco veces más habitaciones de las que jamás podrían utilizar los Blandings, y la mayor parte de ellas le parecía al propietario una jaula de engordar pavos. “¿Y esto es el “living”?” —lloriqueó la señora Blandings, subida en un monte rectangular de tablones—. El esposo se limitó a sentarse en un cajón de clavos y a mirar a través de un claro en la pared. Ya no tenía energías para adoptar un aire deprimido. “Debe ser —respondió—. Simms dice que las piezas siempre tienen este aspecto antes de instalarse los tabiques y colocar los muebles.”

“¿Pero qué espacio queda para los muebles,” —sollozó ella abiertamente—.

—“¿... qué dinero queda para los muebles?” —preguntó él—.

EN esos días se detuvo el trabajo. No habían llegado las ventanas. El camión ya había partido y llegaría al lugar mañana. No, el camión no había partido, pero eso no tenía importancia: las ventanas se habían despachado por carga y el vagón debía haberse quedado en algún desvío por descuido de algún empleado. No, se enviarían las ventanas por camión en cuanto estuvieran listas, para lo cual aun faltaban tres semanas. No, las ventanas ya deben haber llegado y el constructor no las habrá retirado. No, jamás se había recibido ningún pedido de ventanas, “pero prestaremos a su apreciada orden nuestra más rápida atención si usted nos honra con ella”.

Blandings sintió realmente un estallido triunfal en su interior cuando por fin llegaron la mitad de las ventanas y el camión las volcó en pila desordenada junto al camino. Varios días después llegaron dos carpinteros bastante ebrios, miraron las ventanas y se fueron abrazados para jamás volver. Blandings se atrevió a preguntarle a Retch por qué no se adelantaban otros trabajos, aunque faltaran las ventanas o instaladores. La pregunta le pareció al interpelado del peor gusto. ¿Acaso no sabía que él, John Retch e Hijos, era el primer perjudicado? Como precio para hacer la famosa “cesión de derechos”, la fábrica de ventanas le había exigido pago al contado y ahora lo dejaba en el aire. En tono áspero, explicó luego al propietario que, “artículo primero”, el subcontratista de mampostería

se veía paralizado porque no podía completar el enladrillado alrededor de las ventanas ausentes, todas ellas de la planta baja; “artículo segundo”, el subcontratista de la calefacción no podía adelantar hasta que la casa estuviera cubierta; “artículo tercero”, el colocador de azulejos no podía ejercer su arte en los baños; “artículo cuarto”, ya se veía que el revocado no podría comenzarse hasta la primavera, y quién sabe si entonces; y “artículo quinto”, los obreros del subcontratista de electricidad se negaban a colocar más cable alrededor de vigas y columnas húmedas. Retch terminó vaticinando con cierta confianza que la casa terminaría por incendiarse a causa de la media docena de estufas que los obreros insistían en mantener prendidas para descongelarse las manos. En tal caso, ¿de quién diablos sería la culpa?

De repente llegaron suficientes ventanas como para construir una fábrica. Entre la infinita variedad de formas rectangulares de acero, Retch eligió las que más parecían acercarse a las dimensiones especificadas por el arquitecto, y trató que la compañía enviara instaladores suficientemente sobrios como para que pudieran colocar las ventanas con la parte de arriba para arriba. La fábrica llamó por teléfono al Sr. Blandings para informarle que su contratista había estado muy grosero, que en veinte años de trabajo jamás habían sido tratados con tanta desconsideración por un constructor de “tres al cuarto”, y que se haría a Blandings responsable por el hecho de que su contratista había entregado a la compañía un cheque sin fondos por 1.407,56 dólares. Cuando Blandings le transmitió esto a Retch, el aludido extrajo violentamente de entre sus ropas un cheque cancelado a la orden de la fábrica de ventanas y expresó que era la primera vez que en treinta años de constructor un propietario lo acusaba de estafa y que si se quitaba los anteojos podían arreglar el asunto afuera y si Retch perdía terminaría de construir por su cuenta el resto de la casa de Blandings.

El diario de la Sra. Blandings de ese año terminó con la anotación para el 27 de diciembre de que se llevaba los chicos a pasar el invierno en Sarasota, sin mencionar para nada a la casa. De su esposo, sólo anotó que estaba mejor.

CUANDO el señor y la Sra. Blandings reanudaron sus visitas a Bald Mountain florecía la primavera. Cuando vieron la casa se les escapó un grito. Un grito de alegría. La casa refulgía de blanco, más hermosa que en los mejores dibujos de Simms. Parecía estarlos esperando como espera una doncella con los ojos entrecerrados el primer beso tímido de su enamorado.

No fué fácil entrar en la ciudadela; vista más de cerca, la casa parecía ser un barco flotando plácidamente en un mar de fango, por la tierra suelta

que las lluvias templadas habían licuado. Después de haber atravesado el foso del fuerte, de unos tres metros de ancho, los Blandings se quitaron los zapatos embarrados y se quedaron un momento en contemplación reverente de los pisos de roble...

Claro que había pequeños defectos aquí y allá. La moldura de la estufa no se parecía en nada a las que la Sra. Blandings tenía en la imaginación, salida de quién sabe dónde. La "moderna" luz fluorescente del comedor se descubrió muy tarde que convertía al más sano asado en una masa putrefacta, y el zumbido de las reactancias de las lámparas distraía tanto la conversación que finalmente hubo que cambiar toda la instalación y reemplazarla por el tipo más convencional de lámparas que inventó Thomas Alva Edison en 1879. "Jamás hemos recomendado equipo fluorescente para habitación con bajo nivel de ruidos", respondió secamente la Compañía de Artefactos Eléctricos Nadir a la protesta de Blandings. Y por milésima vez Blandings repitió su amargo refrán: "¿Por qué no me dijeron antes?"

Había también aquella ventana que no se abría para ningún lado y un piso de cuarto de baño al que no quería adherirse por nada el linoleum, aun bajo métodos persuasivos. Además, todas las puertas estaban apretadas, salvo aquellas que no entraban en el marco.

EL número de Navidad de la revista *Casa y Hogar* (editores también de *El Hogar Amable*) estaba en las rodillas del arquitecto Sr. Savington Funkhauser, cuyo subconsciente preguntaba por qué al final de un día arduo frente al tablero de dibujo había abierto esa revista. "Nuestro problema era crear una casa moderna en una colonia donde predominaban hermosas granjas de los tiempos de la independencia y aun anteriores —leyó Funkhauser— y lograr un espíritu juvenil sin hacer violencia a la tradición de aquellos recios antepasados de cuyas conquistas somos herederos..."

"Idiotas", dijo Funkhauser sin poner mucha rabia en la voz. Buscó un título en lo alto de la página para enterarse de qué estaba leyendo y encontró: "La casa elegida por el *Hogar Amable* en diciembre es un tributo al gusto y al ingenio con materiales antiguos y modernos." Tampoco eso le informaba mucho y Funkhauser hubiera dejado la revista de no estar tan cansado.

"Fué una especie de desafío hecho a nuestra imaginación —siguió leyendo como en suave hipnosis—, pero mi esposo y yo emprendimos la tarea

con una gran voluntad. Mediante una combinación de planteo por costos, decisión de tener siempre presentes los objetivos fundamentales y la más estrecha y amistosa cooperación tripartita entre propietario, arquitecto y constructor, pudimos lograr nuestros propósitos con un mínimo de incomprendiones y de gastos adicionales que a veces perturba la alegría de construir ese "sine qua non" de las ambiciones de todos los matrimonios normales: la Casa Propia".

"¿De quién será este bodrio?", le preguntó Funkhauser a la chimenea. En seguida le respondió el pie de una fotografía: "La Sra. de J. Holo-coup Blandings, cuya encantadora residencia de montaña hemos elegido este mes como..."

El brazo derecho de Funkhauser hizo un leve movimiento, y la revista describió un gracioso arco hasta desaparecer en la canasta de papeles. Un momento después, el joven arquitecto la volvió a retirar y a buscar la entrevista con "la elegante y atractiva Sra. Blandings, dueña de 'Surrogate Acres'". Durante cinco minutos silenciosos estudió los medios tonos y las líneas delgadas que reproducía el papel satinado de la revista. De repente, encontró algo familiar, y el rostro se le ensombreció. Dijo algo entre dientes, y luego, tomando papel y pluma comenzó una carta: "Estimado señor Blandings: En el número de diciembre de *Casa y Hogar* observo, en un artículo sobre su nueva residencia, y en una entrevista con su esposa, una referencia que dice: "Descartadas las divagaciones de un arquitecto del primer momento, como algo totalmente inadecuado...". No me habría dado cuenta de que esto se refería a mí y a un trabajo que le hice, y del que luego me desentendí, si no hubiese sido porque en la página siguiente, y bajo el título "Estudio descartado", aparece una caricatura manifiesta de un croquis que sometí a usted el 3 de junio de 1944. Tomadas en conjunto, la frase y el dibujo hacen a mi dignidad profesional una afrenta y un daño que no puedo pasar por alto. En la fecha doy instrucciones a mis abogados, los Sres. Barratry, Lynch y Replevin, para que se comuniquen con usted en relación a las medidas que se pueden tomar para reparar..."

A muchos kilómetros de distancia, en Bald Mountain, y en mitad de Surrogate Acres, bajo un techo de composición no aislado que crujía levemente bajo el peso cada vez mayor de una nevada temprana, el Sr. Blandings se agitaba inquieto en su sueño. Soñaba que se le estaba incendiando la casa.